

## Política internacional y política exterior de Panamá

■ Paulino Romero C.\*

En realidad, hoy no es posible aproximarse a ningún problema en el mundo sino por la vía intelectual, con una disposición conceptual básica, que es lo único que permite colocar cada situación en un contexto universal. Porque todas las cosas pertenecen al mundo entero. Pareciera, pues, que no hay problemas separados. Por ello nos vamos a referir a la política internacional, y particularmente a la política exterior de Panamá. Es costumbre hablar de política exterior como si formara una realidad aparte de la política general del país, lo que sin duda es un error. Todas las políticas tienen que estar vinculadas entre sí. No existe una política interna separada de la política exterior.

En los países desarrollados, la política interna es consecuencia de la política exterior, lo que solo a veces ocurre en los países en vías de desarrollo. Pero el mundo se aproxima cada vez más a las dos políticas; la política nacional e internacional constituyen un solo tema, puesto que todas las materias están en alguna medida relacionadas entre sí. Por ejemplo, si se hace una política

en agricultura, en ganadería, en salud pública, en educación, en comunicación, o en cualquier aspecto técnico del Estado, todo esto tiene alcance, influencia y efecto internacional. De allí la afirmación de que toda política interna también es en alguna forma política internacional.

Es natural, por otra parte, que en un momento como este exista un gran interés, una gran curiosidad, por saber en qué consiste la política exterior, qué clase de alcance puede tener la política exterior, y hacia dónde se dirige. Esto es importante tanto más hoy, cuando Panamá, con singular importancia en su historia, está situada dentro de un contexto de problemas mundiales. Hasta hace aproximadamente una década, todavía nos manejábamos dentro de la circunstancia limitada y específica del acontecer nacional. Hoy día el panorama ha cambiado: somos un nuevo Panamá.

Por tener un recurso de importancia mundial como es el Canal y por tener

---

\* Director General, Academia Diplomática Ernesto Castellero Pimentel.

asimismo una política que se siente solidaria del mundo y no parcelada ni alinderada dentro de un concepto parroquial de la historia ni de la vida, por todo eso estamos situados dentro de un escenario mundial. Por lo tanto, Panamá hoy ya no puede manejar la política internacional ni con los instrumentos intelectuales, ni con los instrumentos administrativos de años atrás. Todavía más: los acontecimientos nos imponen una velocidad determinada, no solo para las decisiones, sino también para producir eficacia, para producir un tipo de eficiencia nueva, que no es posible a veces formularla, porque no hay tiempo de formularla, sino que hay que producirla. Este es uno de los desafíos más grandes que tenemos por delante, y no queremos que la política internacional vaya a la zaga de los acontecimientos, sino delante de ellos. Debemos aspirar ahora, ya que tenemos esta gran responsabilidad, a que la política internacional de Panamá pueda tener una perspectiva por lo menos de 25 años de impacto. Conviene, pues, empezar a trabajar en la elaboración de una política exterior que nos permita trazar las grandes perspectivas y las grandes líneas de lo que podría ser nuestra conducta exterior en los próximos cinco lustros, por decir un poco más allá del primer cuarto del siglo XXI.

Porque no solo por razones geopolíticas o geoeconómicas, sino también por necesidad incluso de supervivencia nacional, necesitamos vislumbrar los acontecimientos a larga distancia; asimismo, necesitamos construir una

estrategia para una perspectiva y para un largo debate. Es la única manera de anticiparse a los acontecimientos, haciendo muchas veces hoy lo que criticamos ayer, y haciendo o tratando de hacer mañana lo que hemos dejado de hacer hoy. Por eso quiero enfatizar en esta oportunidad que la primera cuestión básica que tendríamos por delante en los años que vienen es la de construir esa política. Una política que no dependa ya de un Presidente, de un gobierno o de un partido, sino que sea la política del país. Por supuesto, cada presidente, cada partido de gobierno o cada situación histórica imponen correctivos, ciertas rectificaciones o modificaciones o cierto estilo diferente; pero, en grandes líneas, necesitamos saber cuál será la política futura y cuáles las líneas previsibles de la conducta exterior de Panamá.

Hoy el balance político internacional no depende exclusivamente de que se pongan o no de acuerdo las grandes potencias del mundo. Desde luego que es fundamental que las grandes potencias tengan acuerdos básicos como los que se esfuerzan en lograr en materia de energía nuclear. Pero no basta; y no basta porque hay un gran sector de la humanidad que no estaba representado tradicionalmente dentro de los cuadros normales de la estrategia oficial del poder político o militar, un sector que hoy está reclamando derechos, buscando posiciones y su situación, defendiendo sus productos primarios, defendiendo los precios de todas las mercancías, productos manufacturados o simplemente materia prima que produce. Todo esto

nos lleva a una nueva perspectiva en la política internacional.

Es dable observar, por otra parte, que está pasando también la época de los alineamientos automáticos: cualquiera que en el pasado leyera las noticias internacionales podía, cuando se presentaba un problema, saber de antemano cuáles eran o podían ser los alineamientos producidos por este problema. Hoy día esto ya no es posible. Hoy los países se alinean de acuerdo con sus intereses, con sus perspectivas y aspiraciones políticas, y ya ninguna de las grandes potencias, ni ningún otro poder político o económico, puede contar con ningún alineamiento automático. Y este es un hecho político muy significativo, sobre todo para los países pequeños o en desarrollo, porque cada vez pueden manejar con mayor independencia y mayor soberanía mental sus posibilidades y sus perspectivas.

En el año que cursa, una circunstancia dramática ha venido a poner de manifiesto una característica que habíamos olvidado o que desconocíamos: que las naciones son interdependientes. Durante años nos habituamos a la idea del poder, a la idea según la cual los problemas del mundo se resolvían en términos de poder militar, económico o político. No obstante, ahora son los grandes países industriales lo que están hablando de interdependencia, y lo están haciendo así por una circunstancia patética: la crisis energética. Esta crisis ha revelado que los países son interdependientes, no porque antes no lo fueran, sino porque ahora lo saben.

En ese sentido, la crisis energética ha tenido un valor pedagógico único. Y al mismo tiempo, esa crisis ha comprobado que el exceso de consumo y el despilfarro de la sociedad industrial, son incompatibles con un mundo previsible, racional; un mundo donde el valor humano sea la esencia y fundamento del proceso histórico. El solo hecho de que hoy sabemos –por vivencia propia– que hay que economizar los recursos, que no pueden ser despilfarrados como en los años anteriores, es una lección de valor incalculable cuyo efecto todavía no podemos medir.

En el pasado no muy lejano, cuando un político del mundo se rebelaba contra cualquier tipo de injusticia o contra cualquier desbalance económico internacional, inmediata y automáticamente ese líder político era manejado por la publicidad mundial como un agitador, como un agresor contra el equilibrio y el status de la sociedad mundial. Hoy, afortunadamente, eso no ocurre, e incluso en los grandes países capitalistas ya se empieza a entender que cuando el liderazgo político de los países en vías de desarrollo expresa su descontento, no está expresando una agresión contra los intereses que estabilizan el equilibrio político o económico mundial, sino la posición de su país.

En verdad, no estábamos acostumbrados, especialmente en América Latina, a exponer los problemas en ese tono, sino a los alineamientos automáticos que nos llevaban a la conformidad con todo lo que se producía en un área de la opinión pública mundial. Pero

ahora no; ahora estamos situados dentro de un contexto geopolítico y geoeconómico diferente, conscientes de que pertenecemos a un tipo de mundo, al mundo occidental, pero conscientes también de que formamos parte de una familia de países, de los menos desarrollados, que tienen problemas comunes y que pueden tener actitudes y posiciones comunes para defender sus intereses o para defender sus derechos en las grandes audiencias internacionales, y en las relaciones bilaterales con los grandes países.

Panamá, hoy más que nunca, está consciente de su posición estratégica y de su responsabilidad en la administración y operación eficiente del Canal, lo mismo que de su responsabilidad histórica frente a los problemas sociales, culturales y económicos de su población. Y es por eso por lo que apuesta, por la estabilidad política. Pero la estabilidad política no se hace por decreto, no se puede hacer por simples imposiciones de las Naciones Unidas. La estabilidad política se crea con los materiales que produce la misma sociedad. Es la misma sociedad la que engendra los factores de estabilidad o de inestabilidad.

Además, Panamá está dentro de los países que tienen el raro privilegio de tener un sistema de estabilidad política. Podrá tener defectos, y los tiene, pero es el que nos ha dado este ambiente de libertad en el cual hoy vivimos, donde una sociedad pluralista discute sus intereses, se expresan libremente las ideas, se hacen críticas y se pueden corregir errores con los métodos que

el mismo sistema democrático permite. Por eso nos presentamos dentro y fuera del país con una nueva perspectiva del mundo. Nuestra presencia en el mundo ha mejorado notablemente. No somos un país en actitud de espectador frente a lo que hacen los otros países, sino un país protagonista de la historia: la lucha generacional por el rescate de nuestra soberanía en la antigua Zona del Canal, y el logro de la transferencia de nuestro Canal en 1999, en virtud de los Tratados Torrijos-Carter, es el testimonio más grandioso que presentamos al mundo entero como un pueblo con vocación de libertad, democrático e independiente, y como defensor y garante del derecho internacional.

Hoy, Panamá, y los panameños, como únicos dueños del Canal, enfrentamos el mayor reto histórico del siglo XXI: la necesaria ampliación del Canal, mediante la construcción de un tercer juego de esclusas. Aquí parece muy de lugar mencionar el llamado oficial hecho por el Señor Presidente de la República, Martín Torrijos Espino, convocando a la ciudadanía a un referéndum, fijado para el 22 de octubre de 2006, para que sea el pueblo panameño, el soberano, quien decida en función democrática, el futuro de nuestra vía interoceánica y de los beneficios que genera para el desarrollo integral de la Nación panameña.

Pero hay que decirlo con franqueza, interpretemos la realidad con un ideal de optimismo, con un ideal de fe en los destinos de Panamá. La obra en cuestión, la ampliación del Canal, se

proyecta vigorosa sobre el porvenir de la patria y del comercio mundial, y permite vaticinar que nuestro país pasará a la Historia como el país latinoamericano previsor de su destino, el país humano por excelencia, el país de la paz, el país siempre presto al servicio de la Humanidad.